





LOBO  
BLANCO  
LOBO  
NEGRO



SANTIAGO BLASCO

LOBO  
BLANCO  
LOBO  
NEGRO



algaida



Primera edición: 2023

© Santiago Blasco, 2023

© Algaida Editores, 2023

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9189-790-3

Depósito legal: SE. 10-2023

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

A PILAR

*Mañana, dentro de poco, será diez de abril.*

*Un día que, como siempre, estará cargado de una especial simbología para nosotros.*

*Una fecha que significará que habremos añadido un nuevo eslabón a esa particular cadena que juntos comenzamos a elaborar hace veintiún años.*

*Esa en la que tienen cabida todos a los que queremos, que son muchos. Ya sé que todo esto tú también lo sabes.*

*Pero me gusta contar y recordar esas anillas que representan cada año que hemos compartido.*

*Quiero añadirlas a mis mejores recuerdos porque deseo que crezcan como lo hace mi amor por ti.*

*Porque todos los días de mi vida son diez de abril de cualquier año.*



## CAPÍTULO I

**A** PRINCIPIOS DEL SIGLO XVIII EL CONTROL SOBRE LOS TERRITORIOS conquistados en América se encontraba muy consolidado para los intereses de la Corona española. Pero para dotar de mayor seguridad a los colonos que se aventuraron a establecer sus ranchos, así como a los religiosos que se prestaron a evangelizar a las diferentes tribus que se encontraron en dirección hacia las tierras del norte, se creó una línea de fortines fronterizos defensivos denominados presidios, que fundamentalmente estuvieron compuestos por fuerzas de infantería y por caballería de choque. De todos ellos, el de Santa Fe, en Nuevo México, era el que se ubicaba en la posición más avanzada.

Con la llegada desde Versalles de Felipe V como nuevo soberano de España en 1701 se reorganizaron las fuerzas castrenses, por lo que la caballería presidial pasó a denominarse «dragones» a imagen y semejanza de los escuadrones franceses. Pero la voz del pueblo prefirió conocerlos bajo el sobrenombre de «dragones de cuera», debido a que en su uniforme se había cambiado la antigua coraza y su inseparable yelmo, ambos de hierro, por una especie de gabán largo y sombrero de ala ancha, confeccionados

con siete capas de cuero para evitar las heridas de las flechas enemigas. Estos jinetes fueron los encargados de patrullar las nuevas fronteras conforme los límites avanzaron de posición.

Por otro lado, franceses e ingleses iniciaron un paulatino acercamiento hacia algunas de las confederaciones indias más importantes, con claro perjuicio de otras tribus vecinas más débiles, quienes para salvar sus vidas se vieron obligadas a emigrar hacia las grandes praderas de Centroamérica. Muchos poblados desaparecieron y otros fueron desplazados de sus territorios habituales de caza.

Por tanto, el movimiento de fronteras fue constante y varió muy rápidamente con sus consiguientes pactos o combates de aquellos que buscaban asentamientos diferentes, o que luchaban por mantener intactas sus viejas costumbres a las que no querían renunciar. Para los indígenas, aquellas señales que marcaba el hombre blanco para determinar su territorio no significaban absolutamente nada y jamás fueron respetadas. Para ellos, eran los parajes, los ríos y las montañas los encargados de indicar el paso de una zona de influencia a otra, con el obligado cambio de tribu dominante.

De los numerosos casos de rivalidades étnicas existentes entre las diferentes tribus vecinas que en su conjunto un día no muy lejano dominaron la totalidad del territorio norteamericano, siempre con mucho derramamiento de sangre en sus confrontaciones, se encontraban los pawnees y sus enemigos ancestrales, la tribu de los perros cazadores; ambos situados allá donde la abundancia de pastos de las grandes praderas facilitaba la caza del bisonte en sus migraciones.

Emparentada por un mismo tronco común con la gran raza siux, los perros cazadores eran verdaderos especialistas en el arte de la emboscada y de la guerra. Quizá debieron aprender semejantes técnicas a la fuerza, debido a las numero-

sas bajas que siempre les causaron sus mortales rivales por el control de la zona y la supervivencia del grupo. Por aquel entonces, su jefe máximo, el viejo guerrero Enapay<sup>1</sup>, había conseguido consolidar las posesiones tribales a pesar del permanente empuje de los pawnees, quienes ahora contaban con la estimable ayuda de sus aliados, los franceses.

Para llevar a cabo su misión, Enapay contaba con la presencia de su hijo mayor, un joven guerrero respetado y querido por su pueblo, llamado Chaska<sup>2</sup>, y con la existencia de su hija menor, Mahpee Yahto<sup>3</sup>, quien verdaderamente era la que servía de revulsivo y ejemplo para el resto de las tribus siux distribuidas en varios clanes familiares, todos ellos emparentados entre sí. La razón se debía a que desde pequeña fue educada como si de un varón se tratara.

Y aunque resultaba más que evidente la diferencia de fuerza en comparación con un hombre, a la hora de demostrar su valía no tenía rival alguno por ser la más habilidosa en el manejo del arco. Arma que la valió el reconocimiento del resto de la tribu y el derecho a ocupar un lugar de relevancia en el consejo a la hora de tomar decisiones importantes.

Bella mujer, afectuosa con los suyos, dulce y generosa, por el contrario, se convertía en el guerrero más despiadado cuando se enfrentaba a los pawnees o a los extranjeros que osaban ocupar sus tierras. Temida por sus agresivas reacciones, no conocía el miedo y siempre estaba dispuesta a salir a patrullar o a combatir contra quien fuera necesario.

En permanente estado de vigilancia por proteger a los suyos, igual que lo haría la loba más fiera, en realidad todos

---

<sup>1</sup> «Valiente» en lengua siux.

<sup>2</sup> «Primogénito» en lengua siux.

<sup>3</sup> «Cielo azul» en lengua siux.

pensaban que debía ocupar el puesto de su hermano Chaska cuando faltara su padre. Pero las costumbres señalaban al varón y ella lo aceptaba sin poner ninguna traba. Tal vez, sabía que llegado el momento debería elegir pareja para perpetuar su dinastía y prefería emplearse a fondo mientras sucediera semejante hecho.

Pero ajenos a estas rencillas tribales y modos de vida, fueron los dragones de cuera los encargados de prestar sus servicios allí donde estuvieran situados los límites del Imperio español. Incluso en numerosas ocasiones se encargaron de organizar expediciones, bien de castigo, bien por pura exploración y conquista de los territorios limítrofes.

Era una fuerza especialmente entrenada en el combate cuerpo a cuerpo que recorría sin cesar la extensa frontera española. Combatieron doscientos años antes que el ejército norteamericano contra innumerables partidas de indios de diferentes tribus, tales como apaches, comanches, pawnees, mescaleros, navajos, y otras muchas más. Una patrulla solía estar formada por catorce dragones dispuestos a enfrentarse a cualquier contingente por muy superior que fuera. Las incorporaciones a este cuerpo eran voluntarias.

El cupo de miembros solía estar fijado entre seiscientos y ochocientos hombres para cubrir una extensión de seis mil kilómetros. Sin embargo, las solicitudes de ingreso superaban con creces esta cifra pues socialmente se consideraba una alta distinción ser admitido. Frecuentemente, se dejaban acompañar en sus misiones por indios amigos que actuaban como exploradores y en ocasiones por otros soldados de reemplazo del ejército español. Los dragones de cuera fueron en su inmensa mayoría españoles o criollos<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Descendiente de españoles nacido en territorio americano.

Su fama de magníficos jinetes, incansables, combativos y eficaces, fue tan grande y legendaria entre las colonias americanas y entre las diferentes tribus contra las que combatieron, que cuando fueron disueltos poco después de la independencia de México, sus méritos fueron reconocidos por sus enemigos porque en sus más de trescientos años de historia militar, toda ella desarrollada en América, tan solo tuvieron atribuida una única derrota.

Esta es la historia de uno de aquellos valerosos lanceros, cuyos actos de valor al servicio de los intereses de España muchas veces quedaron sumidos en el más profundo de los olvidos...

Por el carácter indómito que poseían aquellos hombres, les daba lo mismo que para cumplir con la misión encomendada debieran transitar por caminos polvorientos bajo un sol abrasador, o que tuvieran que vadear caudalosos ríos. No suponía ningún impedimento que fuera necesario cruzar por empinados valles muy apropiados para las emboscadas, o que no les quedara más remedio que ascender por montañas.

Soportar los cambios bruscos de temperaturas o traspasar peligrosos desfiladeros, donde los esperaba la muerte detrás de cualquier recoveco, no les hacía retroceder lo más mínimo de sus pretensiones. Cuando tenían una orden que cumplir, los dragones de cuera perseguían a sus objetivos con la misma tenacidad que lo haría un perro de presa.

Estas características las conocían muy bien tanto el sargento Diego Cortés como el cabo José Mejía, más conocido entre sus hombres como el Criollo, porque las habían experimentado en sus propias carnes desde hacía muchos años. Pero ocurrió que a principios de enero de 1704 se intensificaron los ataques de comanches por un lado y de apaches por otro, am-

bas tribus en contra de colonos españoles, por lo que cada vez se hacía más necesario perseguirlos y acabar con la amenaza que suponían para la seguridad de la zona.

No se trataba de escaramuzas organizadas, pues de todos era sabido que los dos grupos se odiaban a muerte, por lo que no cabía la posibilidad de que existiera un pacto previo entre ellos. Sin embargo, cuando atacaron indistintamente rancherías, misiones e incluso ciudades de cierta importancia, el gobernador de Nuevo México, Diego de Vargas, decidió actuar con la mayor de las contundencias. Para lo cual, no dudó en encargarse esa complicada misión a la temida caballería presidencial de los dragones de cuera.

Así las cosas, varias semanas después de que se produjeran los ataques partieron desde el presidio de Santa Fe catorce lanceros con todo su equipo de campaña al completo y al mando del propio gobernador, quien seguramente por prestigio ante sus superiores quiso intervenir personalmente en aquella expedición de castigo. Junto con los dragones también marcharon cincuenta soldados coloniales encabezados por el teniente Juan Páez Hurtado; hombre joven pero con bastante experiencia en la lucha fronteriza en otros lugares comprometidos.

Las informaciones facilitadas por los exploradores indios apuntaban que los apaches se encontraban apostados junto con otras tribus amigas cerca del lugar conocido como montañas Manzano, en las cercanías de Albuquerque. Los españoles forzaron la marcha para impedir que se refugiaran en aquellos riscos, lo que haría que la confrontación fuera mucho más difícil para sus intereses, a pesar de contar con la ayuda de indios del pueblo hopi, aliados de los españoles, que conocían muy bien las costumbres de guerra apaches. Su máximo jefe era un importante guerrero llama-

do Moki<sup>5</sup>, que se mostraba orgulloso de servir como explorador a las órdenes de los ejércitos coloniales españoles.

Desde que salieron de Santa Fe, tanto Diego como José permanecieron juntos y muy atentos a cualquier movimiento sospechoso que pudiera delatar la presencia de alguna partida de indios hostiles. Su experiencia en este tipo de enfrentamientos les hizo ver la necesidad de mantenerse siempre alerta, pues detrás de cualquier mata podía permanecer un enemigo al acecho.

Sin embargo, y en previsión de cualquier desagradable sorpresa, el camino que eligieron era plano y árido; pero también el más seguro. Aunque estaba bordeado por montañas dejaba suficiente distancia de margen para protegerse de una posible emboscada. La tierra se levantaba al paso de los cascos de las cabalgaduras por lo que creaba una polvareda que resultaba difícil de ocultar a los agudos ojos de los apaches o comanches, ya que claramente indicaba su presencia a muchas leguas de distancia.

Conforme se alejaron de los dominios del presidio comenzaron a reconocer restos de lo que debieron ser en su día carromatos de colonos que se arriesgaron a cruzar por aquellas peligrosas tierras sin la debida protección. Ahora, los tablones de madera estaban rotos, quemados y desperdigados entre la escasa vegetación del lugar, por lo que presentaban un aspecto lamentable.

Al principio, se encontraron con despojos aislados que les hicieron suponer la existencia de una persecución que debió acabar de mala manera para los dueños de las carretas. Pero el hecho de no encontrar cadáveres, al menos les hizo

---

<sup>5</sup> «Venado» en dialecto hopi (hablado por las tribus de los indios pueblo).

concebir la esperanza de que no se hubieran producido muertos. Pero a medida que avanzaron, localizaron con mayor frecuencia las señales inequívocas de escaramuzas que debieron acabar en tragedia.

Algunas flechas se perdieron al quedar clavadas en el interior de algunos matojos, lo que fue suficiente pista para que los indios exploradores reconocieran su procedencia y confirmaran que se trataba de apaches, no todos de la misma tribu. Sin embargo, en otros escenarios las flechas parecían proceder de partidas de comanches, lo que dejó bastante despistados incluso a los exploradores indios.

—¡Busquen por los alrededores! Seguro que encontramos los cuerpos de estos pobres desgraciados —ordenó el teniente a sus hombres.

Pero el gobernador estaba más interesado en localizar a esas partidas de indios hostiles que en recuperar los cadáveres de colonos por quienes ya no se podía hacer nada. Y aunque no quiso contradecirle delante de los soldados, en cuanto se encontraron a solas le pidió que en lo posible no retrasara la marcha de la expedición.

Mientras se acercaron a las posiciones ocupadas por el enemigo las muestras de saqueos y robos fueron cada vez más evidentes, hasta que al final encontraron a familias de colonos españoles despellejadas en vivo, sin respetar a hombres, mujeres y niños. Curiosamente, no se encontraron niñas, por lo que supusieron que se las habían llevado consigo para ser esclavizadas en sus campamentos, intercambiarlas con otros indios, o quizás para convertirlas en sus mujeres.

—¡Teniente! Por favor; ordene a algunos de sus hombres que todas las víctimas que encontremos sean enterradas cristianamente —le pidió el gobernador después de comprobar la magnitud de tanta barbarie.

—¡Como ordene!

—Sean apaches o comanches los autores de estas muertes, no es normal que dejen a sus víctimas morir sin contemplar su sufrimiento —informó Moki, el jefe indio de exploradores a Diego.

—¿Por qué crees que lo hacen? —preguntó el dragón.

—Saben que los perseguimos y quieren que veamos lo que son capaces de hacer.

—¿Para qué?

—Puede ser para atemorizarnos o quizá para retrasar nuestra marcha.

—Entonces es que no nos conocen. Por eso creo que deben de ser comanches los responsables.

—¡No lo tengo yo tan claro! Saben que si no lo consiguen, al menos crearán un odio tan profundo en el corazón que la ira nos cegará cuando llegue el momento de entablar combate y así tendrán una oportunidad de victoria.

—Entiendo lo que dices. Se lo comunicaré a mis superiores.

—Si informas de lo que sabemos y piensan que los responsables son comanches, entonces lo más seguro es que ocurra lo de la última vez —le recordó José a su amigo.

—Que no quieran que entremos en combate contra ellos, para no desobedecer las instrucciones superiores emitidas por el virrey de Nueva España —contestó Diego.

—Efectivamente.

—Ya sabes que nuestra obligación es contar todo lo que pueda ayudar a nuestros compañeros de armas.

—Pero en este caso esos indios merecen un castigo ejemplar, cualesquiera que sean los culpables.

Diego no contestó y se marchó a la posición del teniente para comunicarle sus informaciones.

Unas leguas más adelante, en una especie de llano que contaba con la protección de algunos árboles que crecieron por la proximidad al río Grande, frente a las montañas Sandía, lo indios exploradores encontraron los restos aún humeantes de lo que quedaba de una carreta que había sido atacada poco antes.

Los primeros en llegar fueron los dragones de cuera y algunos no pudieron contener las lágrimas cuando descubrieron cuatro cuerpos completamente despedazados y sin cabezallas. Se trataba de un matrimonio joven y de sus dos hijos varones. Hasta ahí, aunque se trataba de una escena execrable, todo hubiera resultado exactamente igual que en los casos anteriores.

Pero aquella mujer tenía algo muy especial; se encontraba en un estado muy avanzado de embarazo. Para su desgracia, le habían arrancado a machetazos, y a lo vivo, al bebé que llevaba dentro de sus entrañas. Aquello fue más de lo que un curtido hombre de la frontera, por poca sensibilidad que tuviera, podía soportar sin emocionarse. Aquella mujer en verdad era guapa y verla en ese estado hacía hervir la sangre a cualquiera.

Fue José quien se presentó voluntario para enterrar a aquella mujer junto a su hijo no nato, y además no permitió recibir ayuda de ninguno de sus compañeros; ni siquiera de su íntimo amigo Diego. El sargento de dragones de cuera, al ver su comportamiento, supuso inmediatamente que aquello no le reportaría nada bueno. Tal vez, porque de alguna manera su amigo imaginó aquella terrible situación con lo que le podría suceder a su propia mujer en caso de que algún día se encontrara en una circunstancia parecida.

—No es buena idea que hagas tú solo esto —le aconsejó.

—No te entiendo.

—Esta es una situación con la que percibo que por alguna razón te sientes demasiado sensibilizado y no es recomendable que intervengas.

—¡No entiendo lo que quieres decir! —le replicó con energía.

—¿No, verdad? ¿Por eso te muestras tan agresivo?

—¡Lo que me ocurre es que estoy harto de tanta barbarie!

—Llámalo como quieras. Pero si entramos en combate y no mantienes la calma, seguro que cometerás alguna imprudencia que te puede costar caro a ti o a tus compañeros. ¡Y eso no lo puedo permitir!

—¡No es cierto! ¡No tengo nublado el juicio! ¡Solo quiero dar sepultura a esta pobre mujer y a su inocente hijo! ¡Nada más!

—Está bien. Sea como quieras. Pero recuerda que estoy a tu lado.

—No necesito ninguna niñera que me cuide.

—Pues yo creo que no te comportas de la manera habitual, y eso me preocupa. Creo que hay algo que no me cuentas.

José no contestó pero continuó con el trabajo de cavar una zanja que fuera lo suficientemente grande para acoger los dos cuerpos. Mientras realizaba aquel ingrato cometido, el grado de indignación entre la tropa fue en ascenso hasta que llegó a su punto más álgido, justo cuando terminó de colocar una sencilla cruz hecha con parte de las maderas que aún permanecían calientes. Después de un breve responso que dirigió el propio gobernador reanudaron la marcha en busca de los asesinos.

Como si les hubieran insuflado nuevos bríos, tanto estimularon los jinetes a sus caballos que parecían volar sobre aquella tierra reseca y empedrada en forma de gravilla.

—¡Tú sabes quiénes han hecho esta carnicería! ¡Dime quiénes han sido los responsables!

Se acercó José a Moki, el jefe de exploradores indios, para pedirle explicaciones.

—Pueden haber sido los comanches; pero también los apaches se ensañan de esa manera con sus víctimas. A ambas tribus les gusta torturar de mil formas diferentes a sus prisioneros.

—¡Algo nos ocultas y eso no me gusta nada!

—Te aseguro que estoy tan sorprendido como vosotros. ¡Nunca vi nada igual!

—Las flechas que hemos recogido son de diferentes tribus, y no has hecho la menor observación —intervino Diego en la conversación.

—Estoy confundido y prefiero callar antes de equivocarme.

—¿Qué quieres decir?

—Que si estuviera solo con mis hombres les ordenaría que dieran la media vuelta inmediatamente.

—¿Por qué?

—Porque hay demasiadas flechas apaches, pero de muchas tribus diferentes.

—¿Eso quiere decir que se han aliado contra nosotros?

—¡Bien pudiera ser! Pero también puede ser una estrategia de un grupo de comanches para que creamos que son muchos apaches los que nos esperan entre aquellas montañas.

El jefe de exploradores indios señaló las montañas conocidas como Manzano.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Si lo estuviera, ya se lo habría comunicado al teniente. Pero aquel lugar puede camuflar a un ejército entero. Si yo fuera el jefe de esos indios, y me sintiera perseguido, no duda-

ría en esconderme allí y atacar cuando el momento fuera propicio.

—¿Entonces, por qué tantos asesinatos violentos? ¿Si estamos tan cerca, es lógico correr el riesgo de que los alcancemos? —señaló José.

—Da la impresión de que quieren que los sigamos con toda la ira acumulada por deseos de venganza —exclamó Diego.

—Puede que sea una pequeña partida que nos quiere conducir a algún lugar donde nos esperan muchos más. O quizás, solamente sean unos cuantos que quieren cometer robos y asesinatos para sembrar el pánico. Es una manera de evitar que alguien venga por la zona y se quede con el dominio de este territorio. La verdad es que no estoy seguro —contestó Moki.

## CAPÍTULO II

**E**STABA A PUNTO DE ANOCHECER, Y NO PARECÍA MUY RE-comendable continuar con la búsqueda, por lo que el gobernador decidió acampar bajo la protección de las faldas de las montañas Manzano; un macizo rocoso en forma de cordillera desde cuya cima se dominaba una visión de bastante distancia a la redonda.

—¡Saben perfectamente que estamos aquí! —exclamó José.

—¡Eso en el caso de que verdaderamente se encuentren ahí arriba! —replicó Diego.

—Apostaría mi vida a que ahora mismo nos observan con el ánimo de encontrar un punto débil en nuestras defensas.

Indicó el jefe de exploradores indios, quien desde la última conversación no se había separado del lado de los dos amigos.

—Normalmente los apaches no suelen atacar de noche —aseguró Diego.

—Yo no dormiría tranquilo esta noche —les aconsejó el jefe de exploradores.

—Siempre he pensado que por la noche los indios pierden bastantes facultades y esa es la razón por la que prefieren el día para combatir —añadió José.

—Eso puede que fuera antes. Pero de un tiempo a esta parte, las costumbres de los indios de estos territorios cambian según las nuevas circunstancias que marcan los movimientos de los conquistadores. Unas veces nos hemos visto obligados por los españoles, y en otras ocasiones por tribus que nos invaden al ser expulsadas de sus zonas de caza. La única verdad es que somos diferentes a lo que fueron nuestros antepasados. Si además tienes en cuenta que esos comanches actúan de una manera distinta a cualquier otro pueblo que conozcas, yo no me fiaría tanto —insistió Moki, el jefe de exploradores indios.

El gobernador Diego de Vargas pidió consejo al teniente Juan Páez Hurtado sobre la manera de acampar, por la amenaza que suponía la presencia tan cercana de indios hostiles, y este hizo lo mismo con el sargento de dragones Diego Cortés.

—¡Dígame, sargento! Usted que tiene más experiencia en combatir a estos indios. ¿Qué recomendaría para pasar la noche?

—Tanto sin son apaches como si son comanches, yo no levantaría las tiendas ni me situaría alrededor de ninguna fogata. Creo que resguardaría a los hombres en previsión de un ataque nocturno y les ordenaría que durmieran por turnos.

—¿Y no podría ser una alianza entre apaches y comanches? —preguntó el gobernador.

—No es posible, porque son enemigos irreconciliables. Son muchas las masacres que han perpetrado los comanches sobre casi todos los diferentes clanes de apaches; algo que no pueden olvidar y han jurado vengar —contestó el dragón.

—¡Está bien, sargento! ¡Puede retirarse! —intervino el teniente.

A media noche, cuando todo parecía estar en calma, una lluvia de flechas incendiarias cayó sobre unas hogueras que calentaban unas mantas que se encontraban vacías.

La contestación por parte de la fuerza expedicionaria española fue inmediata, y una descarga de mosquetones se dirigió hacia el origen de las estelas que dejaron las llamas al cruzar el estrellado cielo. Pronto se oyeron muchos gritos lastimeros, fruto sin duda de los estragos que causaron las balas de plomo en los cuerpos de los enemigos que fueron alcanzados.

Las siguientes oleadas de flechas se hicieron a ciegas por lo que no dejaron ninguna opción de respuesta. Se volvió a repetir otra descarga hacia los mismos lugares de la vez anterior, pero la falta de quejidos dio a entender a los españoles que los objetivos se habían movido de posición y no se hizo blanco en ninguno de ellos. No quedaba otra opción que protegerse de los silbidos de las saetas y esperar hasta que amaneciera.

Conforme se consumieron las horas nocturnas, los ataques mediante el uso de los arcos fueron más esporádicos y apenas causaron algún herido entre las filas españolas. Pero nada más despegar el alba, un ataque masivo se produjo sobre el campamento. Indios con las caras pintadas salían por todas partes armados con lanzas, hachas y escudos.

Sin apenas preparación, una descarga de mosquetes barrió literalmente la primera línea de ataque enemiga. Pero a pesar de su rápida acción no les dio tiempo a repetir una segunda descarga, ya que atacaban en tropel y apenas había margen de maniobra por la acumulación de guerreros y soldados en aquel pequeño llano bordeado por densa vegetación y rocas.

Algunos efectivos españoles aún tuvieron tiempo de usar sus pistolas pero enseguida se produjo el inevitable enfrenta-

miento cuerpo a cuerpo. En esta parte del combate los que llevaron la mejor parte fueron los dragones de cuera, quienes ya en los primeros compases mostraron una eficacia que triplicaba a la del resto de sus compañeros de armas.

De hecho, en ese preciso instante en que se establecieron los emparejamientos, pudieron comprobar que la identidad de los indios era de apaches en su totalidad, aunque había bastantes familias reunidas de diferentes clanes.

Todos se batieron con sumo coraje y valor pero la efectividad de los lanceros en posición de combate enseguida fue captada por sus enemigos, quienes al ver su forma de pelear evitaron el enfrentamiento directo contra ellos. Sus preferencias claramente se dirigían hacia los otros cuerpos coloniales o directamente sobre los indios amigos de los españoles, actitud que obligó a los dragones a mover sus posiciones para ir al encuentro de cuantos guerreros descendían de las alturas.

Después de un durísimo combate que se prolongó durante toda la mañana, no parecía que los apaches estuvieran dispuestos a ceder un ápice de terreno, o como en otras ocasiones emprendieran la retirada cuando veían que la cosa se les ponía fea para sus intereses.

Esta vez, más bien daba la impresión de que no les importaba el coste de efectivos que suponía mantener aquella intensidad, si con ello podían esperar a que el enemigo se debilitara por el lógico cansancio acumulado. Su estrategia no era otra más que conseguir que el agotamiento les diera una buena oportunidad para rematar a los españoles que en aquellos momentos se encontraban completamente rodeados, aunque protegidos por su espalda por altas elevaciones rocosas.

Excepto los dragones de cuera, que no dudaron en penetrar entre las líneas enemigas para entablar combates mortales cuerpo a cuerpo, donde las habilidades de los lanceros es-

pañoles superaban con creces los ataques de los numerosos apaches, el resto de los fusileros permanecieron formados en semicírculo con las bayonetas caladas, que dirigían a modo de picas para contener las avalanchas de indios que se les venían materialmente encima.

Los dragones de cuera usaban cuchillos, hachas, lanzas, sables o cualquier arma que conseguían arrebatarse al enemigo, que utilizaban con la maestría del más experto de los apaches. Les daba lo mismo usar una que otra si con ello acababan con el mayor número posible de enemigos, que ya se amontonaban por el efecto de los contundentes golpes recibidos.

Aquella confrontación estaba descrita con los tintes más sangrientos que nadie pudiera imaginar, y el resultado final todavía se mostraba sumamente incierto. Pero ocurrió un detalle que a la postre decidió el signo de aquella batalla campal.